

Creativas paradojas culturales: modernidad e identidad en el Valle Central de Chile

Javier Pinedo
Instituto de Humanidades
Universidad de Talca

Resumen

Exponemos, desde la lectura algunos pensadores de los últimos años (Theodor Adorno, Pierre Bordieu, Raymond Williams, Terry Eagleton, Stuart Hall, Zygmunt Bauman), sus definiciones de los conceptos de cultura y patrimonio para desprender un horizonte intelectual desde el cual reflexionar sobre los significados que ha adoptado esos mismos conceptos en América latina. Buscamos establecer diferencias específicas que nos permitan comprender la función que han cumplido la cultura en las sociedades latinoamericanas y la chilena en particular, caracterizadas dos hechos fundamentales: el encuentro con los pueblos originarios y la llegada del proyecto moderno, que transformó a la cultura en una condición de extrañeza, marcadamente política y de necesaria creatividad.

1. Introducción.

Vivimos tiempos acelerados pero no tan cambiantes, en mi opinión, que puedan poner fin a algunas estructuras que me parecen que perdurarán todavía cierto tiempo: no creo que la modernidad como proyecto político o filosófico la veamos morir en nuestra vida, ni creo que el liberalismo tenga fecha de defunción cercana.

En cambio sí percibimos los acelerados cambios culturales que vive la humanidad y nosotros mismos. El sentido del arte y de la estética en general, pero sobre la cultura como la explicación simbólica y social de una época, está cambiando debido a la muy acelerada cercanía de las culturas y los países, a la caída de las distancias geográficas, a la multiplicación de habitantes con más de un idioma y con más de una nacionalidad, así como el intercambio cada vez mayor de productos y personas, todo lo cual están produciendo modificaciones en la manera de concebir la familia, los contactos humanos, la educación, la vida en sociedad, la cultura.

2. El concepto Cultura: Algunas consideraciones generales

He llegado en estos días de una estadía en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, que junto a Birmingham, han tenido una tradición académica de reflexión en los temas de cultura e identidad en los trabajos de personalidades como Raymond Williams, Stuart Hall y Terry Eagleton.

Y cuando les pregunté a mis colegas qué definiciones utilizan para categorizar la cultura, riéndose me respondieron que nadie quiere saber de definiciones conceptuales ni de diccionarios. Que lo que hay que hacer es trabajar en la realidad y ver cómo operan allí los conceptos. Entonces les digo que yo vengo de América latina y que por tanto soy un poco tomista y sin definiciones, nosotros no podemos funcionar pública ni privadamente.

Me recomendaron leer a Raymond Williams, quien se dedicó como pocos a analizar los fenómenos culturales, y me encontré con esta opinión suya: “Cultura. No sé cuántas veces he deseado no haber oído nunca la maldita palabra”. Y luego esta otra del gran Niklas Luhmann, quien afirmó que cultura era uno de los peores conceptos que alguna vez se hubieran creado¹. Y todavía podemos mencionar a Ulrich Beck que habla de los “conceptos Zombis”, es decir conceptos que están muertos pero que continúan caminando y entre los cuales el de cultura parece ser que encabeza la marcha delante de "soberanía", "clase social", "nación", “identidad”, etc.²

El propio Terry Eagleton³, señala que “ ‘Cultura’ es una de las dos o tres palabras más complicadas de la lengua inglesa. Aunque el término que a veces se torna por su opuesto ‘naturaleza’, parece llevarse la palma. Pese a que hoy día se ha puesto de moda ver la naturaleza como un derivado de la cultura”.

Como sea, me interesa reflexionar, brevemente y sin dogmatismos, sobre este concepto en el mundo actual y comparativamente sobre funcionamiento en América latina, en el que en principio no tiene nada de Zombi, sino que por el contrario, aparece como es sinónimo de identidad y política.

La dificultad radica en que cada escuela o cada pensador ofrecen sus propias y diversas definiciones desde la estética, el humanismo, la antropología, la sociología, el marxismo, los estudios culturales, la dimensión política, el psicoanálisis.

Pero, además, se habla de cultura y democracia, de diversidad cultural, de multiculturalidad y de interculturalidad. Se menciona la importancia de la cultura en el desarrollo de la sociedad, y se escucha decir que Chile tiene un problema económico y social, pero sobre todo un problema cultural. ¿Qué se está diciendo, cómo se resuelve el problema cultural de Chile? Algunos creen que se debe poner al país completo en el sillón de psiquiatra como si el problema fuera psicológico y no cultural. Por último, en la prensa se repite, una y otra vez, el tema de la banalización de la cultura.

El origen del concepto es bastante conocido y deriva de la raíz latina colare, asociado con actividades de preservación y cuidado agrícola, los romanos consideraban a la agricultura la actividad "cultural" por excelencia. Se trataba de seleccionar las mejores plantas de la huerta y eliminar la maleza. A ese ejercicio se le llamaba ‘horticultura’. Llevados a términos humanos es cuidar los rasgos positivos y refrenar los otros. En un segundo plano significa pasar de la naturaleza al espíritu.

Más tarde, esta misma concepción fue muy útil al mundo católico pues permitía diferenciar a aquellos que cultivaban el espíritu. Es decir, concepciones de la cultura con apellido que permitía al concepto ir avanzando hacia direcciones manipulables desde el poder, que en mi opinión

¹ Citado por Pedro Güell, ¿Qué se dice cuando se dice cultura? Notas sobre el nombre de un problema. <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/22/2202-Guell.pdf>

² Citado por Zygmunt Bauman, La cultura en el mundo de la modernidad líquida, FCE, 2015, p. 18

³ Terry Eagleton, **La Idea de la Cultura. Una Mirada política sobre los conflictos culturales**, Barcelona, Paidós, 2001.

alcanzó su gran definición y desarrollo con la aparición del proyecto ilustrado moderno del siglo XVIII, que contó con el apoyo de los grandes pensadores como Kant, Locke, Montesquieu, Voltaire, pero además a políticos como el Káiser Federico el Grande, a Catalina de Rusia y a Carlos III, el nuestro. Pero también a Hegel, Mozart, Goethe y Schiller. Todos ellos utilizaron el concepto cultura como una herramienta con fines admirables: construir por primera vez y definitivamente un ciudadano emancipado de temores y tradiciones, consciente de sus deberes y derechos, constructor de una Nación de iguales. Un europeo que además de su nacionalidad pudiera ser habitante del cosmos, es decir una nacionalidad cosmopolita, conocedor de los idiomas y las costumbres de otros pueblos, un ciudadano amable y educado, hábil en los negocios para auto sustentarse, lector, pensador y arquitecto de sí mismo. Todo en masculino. Todo en blanco.

3. Cultura y modernidad

El proyecto moderno no sólo corresponde a una filosofía sino a un modo de vida que influyó en ciertas preferencias políticas, el liberalismo y la república; en formas jurídicas y constitucionales, la democracia y la participación ciudadana; en una literatura que reconoce y profundiza la interioridad del individuo la que expone cada vez con mayor franqueza. Un sujeto interesado en las clasificaciones de Linneo, y en los viajes de Humboldt y Darwin; en el progreso económico y las teorías de Locke y Smith, que promueven un individualismo mayor y una mano que se hace progresivamente más y más invisible. Pero incluso en la arquitectura, con un nuevo modelo habitacional que incluía espacios reservados para la intimidad personal; por último en la creación de nuevas disciplinas como la sociología y luego la psicología.

Es una convergencia de ideas de una docena de autores que sin ponerse de acuerdo apuntaban a defender la preeminencia de la razón (el cogito cartesiano), la mayoría de edad kantiana, centrada por primera vez, según Foucault, en la experiencia del presente, y las propuestas de una conciencia emancipada, todo lo cual irían en contra de las fuerzas irracionales, de los miedos y del pasado. Es el proyecto de un individuo ilustrado y moderno y de un Estado Nación que hay que proteger e identificar con ciertos símbolos considerados casi como sagrados.

Fue un proyecto que se expandió a las periferias y resultó muy difícil de evitar: la unión de política, ciencia, matemáticas y filosofía, y con un sujeto social, joven, masculino, astuto, siempre triunfante, resultó imparabile. Aunque haya sido un proyecto nacido sólo para ellos mismos.

Un proyecto que delimitó hasta hoy los lugares que les corresponden a ciertas Naciones y los habitantes de determinados géneros en su interior. Que estableció clases sociales, grupos culturales, dirigentes y dirigidos, así como las labores de cada uno de ellos en el conjunto social.

Un proyecto que tuvo éxitos militares como la guerra de los norteamericanos contra de los ingleses en 1776, y el surgimiento de los Estados Unidos, un país sin nombre (según Gabriela Mistral), como el gran producto de la modernidad. Una nación pequeña que en una generación se transformó en un continente que se extendió del Atlántico al Pacífico y de Alaska al Caribe.

Y poco después, con los mismos principios triunfó en Francia, iluminada por Marianne la diosa razón, que con sus pechos al aire, alimentaba maternalmente a sus hambrientos hijos que caminaban cantando desde la meridional Marsella hasta el dorado París.

Nadie podrá pensar que fue poca cosa, si agregamos además que bajo ese mismo proyecto se realizó la Independencia de América latina.

Una gigantesca corriente que movilizó a millones de seres humanos, que levantó ciudades donde había desiertos, que cortó cabezas de reyes y príncipes, que exterminó poblaciones completa de nativos, que utilizó centenares de miles de cuerpos esclavizados. Que cruzó los mares buscando fuentes de energía y alimento, que compró y vendió todo lo que se podía comprar y vender. Que levantó y borró fronteras, que escribió grandes obras épicas. Y que para todo esto necesitó a la cultura, que coquetamente se prestó para apoyar, y también para disentir, al mismo tiempo.

Es decir, la cultura ha sido un instrumento utilizado para construir sistemas sociales y para darle sentidos encarnados en símbolos a esos sistemas. O acaso no se declara como un hecho histórico pero también cultural, cuando Hegel en 1806, desde la ventana de la universidad de Jena, al ver pasar a Napoleón, exclamó que ha visto “El alma del mundo”, estableciendo una estrecha relación entre cultura y modernidad⁴.

En otras palabras la cultura es la fuente semántica de “sentidos” (Clifford Geertz) con que damos significados a los fenómenos de la vida cotidiana, para poder interactuar socialmente.

El proyecto moderno tuvo sus grietas y es bien conocida la explicación de Bauman⁵ quien concibe a la cultura como el instrumento político filosófico surgido en la Ilustración y que se habría agotado desde mediados del siglo XX en su solidez y siendo reemplazado por una cultura que denomina como “líquida”, perdiendo en la actualidad su sentido orientador, transformado en un producto de consumo sometido a las leyes del mercado. Bauman, señala que la cultura actual no intenta educar, elevar el gusto, corregir las costumbres de las masas como en el siglo XVIII y XIX, que correspondía a la fase sólida de la modernidad, en la que la cultura correspondía a un “mecanismo conservador, al servicio del statu quo, destinado a estabilizar y proteger al Estado – nación de los cambios y las ‘contracorrientes’... ”. La cultura ya no es más una cuestión del Estado, pues ya no existe más un Estado cultural, sino un mercado cultural⁶. Bauman, está pensando en Europa.

Su idea central, y me remito a él por ser uno de los más recientes, es que habiendo transformado el proyecto moderno de su solidez original en un proyecto líquido, arrastró consigo a la cultura que perdió el rol de constructora de ciudadanos para transformarse en promotora de consumos no diferenciados por su calidad sino por sus arrolladoras y fugaces variedades.

⁴ “He visto al Emperador — esa alma del mundo — salir de la ciudad para pasar revista a sus tropas; es una sensación maravillosa ver un hombre como él que, concentrado aquí en un punto, a caballo, se extiende por el mundo y lo domina (...),” le escribe Hegel a su amigo Niethammer, el 13 de octubre de 1806.

⁵ Zygmunt Bauman, “Algunas notas sobre las peregrinaciones históricas del concepto de ‘cultura’”, en **La cultura en el mundo de la modernidad líquida**, Buenos Aires, FCE, 2013.

⁶ Ver entrevista a Z. Bauman, El Mercurio, Santiago, 27.09.2015.

Bauman, afirma que a los filósofos del siglo XVIII les correspondió “ilustrar” y “cultivar” al “pueblo”, para transformarlos en ciudadanos lo que desapareció con la crisis posterior de la modernidad. De este hecho proviene el desconcierto de los teóricos desde mediados del siglo XX que ya no comprenden la situación cultural asociada al consumo desenfrenado, a la incorporación de la vulgaridad, el fin del predominio de las élites culturales. La moda y el cambio ha reemplazado a lo clásico y estable.

“Su rol (de la cultura) como agente de cambio, otrora emancipatorio, se ve opacado por su actual función depositaria: su fin es ahora el de seducir clientes, antes que el de ilustrar al pueblo. La concepción estética clásica, representada, por ejemplo, por Oscar Wilde, es remplazada por el ansia de satisfacción y solución de necesidades y problemas individuales. Ahora, además, el principio regente del elitismo cultural es ‘lo omnívoro’: la aceptación de todos los gustos con imparcialidad y sin preferencia inequívoca, la flexibilidad casi total de las preferencias estéticas”⁷.

Este nuevo rol de la cultura es lo que, siguiendo a Bauman, ha producido el malestar de pensadores, como Bourdieu, para quién “las obras de arte destinadas al consumo estético indicaban, señalaban y protegían las divisiones entre clases, demarcando y fortificando legiblemente las fronteras que separaban unas de otras. A fin de trazar fronteras inequívocas y protegerlas con eficacia, todos los objets d’art, o al menos una significativa mayoría, debían estar destinados a conjuntos mutuamente excluyentes, cuyos contenidos no correspondía mezclar ni aprobar o poseer de forma simultánea”.

“Había gustos de las elites —“alta cultura” por naturaleza—, gustos mediocres o “filisteos” típicos de la clase media y gustos “vulgares”, venerados por las clases bajas: y mezclar esos gustos era más difícil que mezclar agua con fuego”.⁸

Es decir, la incompreensión y el desconcierto de Bourdieu se deben a que reflexionó sobre un concepto de cultura que ya no tenía vigencia, la cultura de la Ilustración que reglamentaba el orden social y las diferencias entre cultos e incultos había llegado a su fin.

“Cuando fue publicado hace más de treinta años, **La distinción** de Bourdieu puso patas arriba el concepto original de “cultura” nacido con la Ilustración y luego transmitido de generación en generación. El significado de cultura que descubría, definía y documentaba Bourdieu estaba a una distancia remota del concepto de “cultura” tal como se lo había moldeado e introducido en el lenguaje corriente durante el tercer cuarto del siglo XVIII, casi al mismo tiempo que el concepto inglés de *refinement* y el alemán de *Bildung*⁹.

⁷ Virginia Piccoli, comentario a Z. Bauman, **La cultura en el mundo de la modernidad líquida**, Buenos Aires, FCE, 2013. <http://www.revista-digital.ceemi-unr.com.ar/numero12/pdf/PiccoliVirginia.pdf>

⁸ Pierre Bourdieu, **La distinción. Criterio y bases sociales del gusto**, Madrid, Taurus, 1991. Citado por Bauman, p. 10.

⁹ Bauman, p. 13. (*) Ambos conceptos son equivalentes al de “cultura” en el sentido restringido que Bauman describe aquí. La palabra inglesa *refinement* significa “refinamiento”, en tanto que la alemana *Bildung*, escrita con mayúscula inicial como todos los sustantivos en esta lengua, significa cultura en el sentido de formación o educación. [N. de la T.]

Bauman es muy duro al señalar que la cultura pasó de ser un “estimulante para transformarse en tranquilizante, dejaba de ser el arsenal de una revolución moderna para transformarse en un depósito de productos conservantes”.

La crisis de la modernidad ilustrada trajo consigo nuevas lecturas y protagonistas: la postmodernidad, el pensamiento débil, los estudios culturales, cierto neo marxismo en la obra de Raymond Williams y su intento de aterrizar la cultura en las prácticas cotidianas de la sociedad globalizada post industrial.

Por cierto, algo de lo cual ya había sido planteado por los miembros de la Escuela de Frankfurt, y particularmente Adorno, en sus descripciones de un mundo social y cultural sometido a guerras mundiales, la cultura de masas y sus presencia social, las industrias culturales asociadas a la reproducción en serie y al cine, el rol de las vanguardias, todo lo cual producía nuevos efectos de alienación espiritual y un debilitación del individuo surgido en la modernidad, sometido más a las leyes del mercado que a espacios en los que pudiera satisfacer sus necesidades artísticas. Fue Adorno junto a Horkheimer quienes propusieron el concepto de “industria cultural”, como un sistema repetitivo de engaño de las masas. El opio del pueblo denunciado por Marx, ya no era la religión, sino la cultura¹⁰.

Incluso con antelación, Marx, Nietzsche y Freud fueron los grandes anunciadores de la crisis del proyecto moderno. El primero sometió a las creaciones culturales (supraestructurales) a las leyes de la realidad social (infraestructura), negando la visión elevada y superior que tenía anteriormente. Como se sabe para Marx, la base económica modifica la cultura y no al revés.

Freud, postuló una contracción fundamental entre individuo y sociedad entre el principio del placer y el principio de realidad, conflicto que a través de un proceso de sublimación transforma la represión en obras culturales. En el caso de Nietzsche como en los dos anteriores su concepción de la cultura es compleja y no podríamos exponerla aquí, pero para efectos de este trabajo digamos que Nietzsche es coincidente con sus reparos al proyecto moderno y criticó fuertemente la cultura occidental por considerarla agotada en sus aspectos filosóficos, morales y culturales y apostó a una cultura nueva creada desde la voluntad.

Según Eric Fromm, para Freud el individuo siempre está en un conflicto y no en cooperación con los demás. La idea final de Freud, expresada en **El malestar en la cultura**, es que el hombre será feliz cuando viva el estado de naturaleza, pues para serlo no se debe estar atado a restricciones. En cambio, para el propio Fromm, la cultura es la que nos permite convivir con los demás, y es el aislamiento el que lleva a la muerte.

He ofrecido solo una pequeña muestra evitando sobrecargar esta teorización que se puede extender a las ideas Edward Tylor, Franz Boas, Malinowski, Clifford Geertz, Raymond Williams, Stuart Hall, Anthony Giddens, Edward Said, entre otros, que han intentado aportar a una definición nueva de cultura válida para la sociedad contemporánea. Entre todos y a medida que

¹⁰ Mateu Cabot, “La crítica de Adorno a la cultura de masas”, <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4245598.pdf>

transcurría el siglo XX el concepto fue mutando y ampliando a nuevas realidades políticas y a nuevos sujetos. Williams abrió el camino para nuevas expresiones de la cultura como la cultura campesina inglesa¹¹, señalando distinciones entre ‘cultura establecida’ y la ‘cultura común’, o el estudio de la moda y del cine, las diversas culturas de las clases sociales; es decir, en contra de la visión cultural única y dominante.

De alguna manera todos ellos, para referirse al concepto cultura han cuestionado tres asuntos básicos: la no sobrevivencia del proyecto moderno en la sociedad actual, la ausencia cada vez mayor del sujeto que sostenía en sus hombros ese proyecto, y por último la cultura que como un cemento simbólico, aglutinaba a los dos anteriores. Esta crisis ha permitido a su vez el surgimiento de nuevos “paisajes culturales” y “nuevos referentes de clase, género, sexualidad, etnicidad, raza y nacionalidad” (...) Estas transformaciones también están cambiando nuestras identidades personales, minando nuestro sentido de nosotros mismos como sujetos integrados”, escribe el jamaicano británico Stuart Hall¹².

Hall se refiere particularmente a la crisis del sujeto en la Ilustración el que se basada en un “individuo totalmente centrado y unificado, dotado de las capacidades de razón, consciencia y acción, cuyo ‘centro’ consistía de un núcleo interior que emergía por primera vez con el nacimiento del sujeto y se desplegaba junto a éste, permaneciendo esencialmente igual — continuo o idéntico a sí mismo— a lo largo de la existencia del individuo. El centro esencial del ser era la identidad de una persona”.

Estas transformaciones se deben al hecho que Hall posee una imagen de la modernidad, heredada de Marx, como una realidad en que el cambio es lo único permanente:

“Como dijo Marx acerca de la modernidad, “[es una] revolución constante de la producción, una incesante conmoción de todas las relaciones sociales, una incertidumbre y agitación continua [...] Todas las relaciones fijas, estancadas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas, son desechadas, todas las recién formadas quedan obsoletas antes de llegar a osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire [...]”¹³.

Esta es justamente la diferencia entre las sociedades “modernas” con respecto a las “tradicionales”. Anthony Giddens argumenta que: “En las sociedades tradicionales, se honra el pasado y se valorizan los símbolos porque contienen y perpetúan la experiencia de generaciones. La tradición es un medio para manejar el tiempo y el espacio que inserta cualquier actividad o experiencia particular dentro de la continuidad del pasado, presente y futuro, que a su vez son estructurados por prácticas sociales recurrentes”¹⁴.

¹¹ Raymond Williams, **El campo y la ciudad**, Bs. Aires, Paidós, 2001.

¹² Stuart Hall, “The Question of Cultural Identity”, en Stuart Hall, David Held y Tony McGrew (eds.), **Modernity and Its Futures**. Cambridge, Polity Press, 1992.

¹³ Stuart Hall, “The Question of Cultural Identity”, op. cit., p. 599.

¹⁴ Stuart Hall, “The Question of Cultural Identity”, op. cit., p. 599.

El hecho es que tanto Hall, como Giddens, Harvey, Laclau, Bauman ya no confían en la modernidad, lo que se asocia a una disminución en el estudio de las humanidades en la enseñanza escolar y universitaria.

Y por falta de tiempo no he dicho nada sobre el concepto de 'entre lugar', que utiliza el postcolonialista indio Homi Bhabha para definir el sentido de la cultura en la sociedad postmoderna dominada por un mestizaje global y de las identidades planetizadas. Tampoco de Immanuel Wallerstein y su concepción de un 'sistema mundo', que a su vez se expresa en la hermosa imagen de la Tierra que utiliza David Harvey, como un 'planeta-nave espacial', ocupada por todos los seres humanos. Y, Benedict Anderson y incorporó el concepto de 'comunidades imaginadas', para definir el funcionamiento de las nacionalidades y que corresponden a las 'geografías imaginarias' de Edward Said.

En todo caso, pareciera que finalmente los antropólogos nos han convencido que todo es cultura y que está en todas partes.

4. El concepto de cultura en América latina y su relación con la modernidad y la identidad

En este contexto podemos observar que mientras en el viejo continente se constata la pérdida de la sociedad ilustrada, en América latina ha habido una tendencia por dejar atrás la tradición y alcanzar la modernización social¹⁵.

En mi opinión, las particularidades de América se manifiestan a partir de dos aspectos básicos: La llegada de un proyecto moderno ilustrado, en su versión católica, traído por europeos peninsulares, y más tarde transformado por aportes británicos y estadounidenses en un proyecto capitalista industrial que nunca logró la fuerza del proyecto original.

Y en segundo lugar la presencia de numerosas poblaciones indígenas, nativas, originarias, que vivieron esta situación como una imposición y que darían origen a sociedades mestizas y criollas, constitutivas de formas culturales originales debido a un mestizaje nunca visto con anterioridad. Estas situaciones son constitutivas de lo que podríamos denominar como "espacio cultural latinoamericano"¹⁶, es decir la presencia de un proyecto particular de modernidad y sus consecuencias laterales en poblaciones claramente no modernas.

Ambos aspectos han marcado a nuestro país y nuestro continente y fueron analizados por nuestros pensadores con una mirada doble que ha dividido prácticamente todas las percepciones que tenemos sobre América latina. Por una parte aquellos que optaron por una identificación con el mundo popular respetando sus símbolos, culturas y economías. Y por otro, aquellos que propusieron un acercamiento al mundo desarrollado. A los primeros se les denomina

¹⁵ Véase los proyectos de la CEPAL en los años 60, y las obras, entre otros, de Gino Germani, **Sociología de la modernización** (1971), y **El concepto de marginalidad** (1972).

¹⁶ Ver, Manuel Antonio Garretón, **El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración**, (Coordinador y co-autor con Jesús Martín Barbero, Marcelo Cavarozzi, Néstor García Canclini, Guadalupe Ruiz-Jiménez y Rodolfo Stavenhagen). FCE., Chile, 2003. Manuel Antonio Garretón, **América latina: un espacio cultural en el mundo globalizado**, Bogotá, Andrés Bello, 1999.

“identitarios” porque se negaron a la extranjerización y asumieron el propio ser encarnado en una identidad propia y específica. A los segundos se les denomina modernizadores porque negaron la identidad nacional y quisieron ajustarla a la cultura de la Ilustración, el liberalismo, la burguesía y la industrialización y la inmigración europea.

Este es uno de los debates más permanentes que hemos enfrentado, las dificultades de salir de la tradición y los valores estables de las relaciones patriarcales y el reconocimiento de una identidad cultural propia. Y por otro lado, los afanes por lograr el desarrollo, la innovación, la escolaridad, el urbanismo y la libertad individual asociados al proyecto moderno.

El concepto identidad debe ser uno de los más utilizados por la literatura y el pensamiento latinoamericano y en algunos casos llegó a constituirse en una obsesión por saber cuál era esa quintaesencia que definía la realidad, el espíritu y la historia de América latina. Los libros sobre este concepto son interminables y particularmente en la década del 80 y 90 se realizaron múltiples debates sobre la oposición identidad – modernidad.

La pregunta por la identidad desde el primer día es la imagen de América como algo tan nuevo que ni siquiera un hombre como Simón Bolívar logró saber quiénes eran sus propios compatriotas: "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa, (...) Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos"¹⁷.

Durante todo el siglo XIX y el XX, nuestros pensadores y hombres de letras intentaron saber qué hacer con este nuevo mundo. Y las posiciones parecen correr siempre en paralelo.

El iniciador de las posiciones más modernizadoras es Domingo F. Sarmiento, que en su conocido *Facundo* (1845) describió la realidad de su país, Argentina, en dos mundos opuestos: uno civilizado (la ciudad, el inmigrante europeo, las leyes, la lectura, el liberalismo); y el otro como “bárbaro” graficado en la pampa, el gaucho, la ignorancia, la no urbanidad.

José Enrique Rodó en su libro *Ariel* (1900), realizó una reflexión en la que la pregunta por la cultura latinoamericana se asocia al cultivo del espíritu y al modelo europeo. Es un texto dirigido a los jóvenes de América para que consideren que se trata de una América latina atrasada pero dominada por el espíritu, sembrado aquí por la Europa mediterránea, y que terminará dominando por sobre la razón práctica y materialista. Ariel por sobre Calibán.

En contraposición, José Martí con su libro *Nuestra América* (1891), postuló la visión contraria a Sarmiento, proponiendo que la verdadera identidad de los países latinoamericanos estaba anclada en el mundo popular, en el campesino, el mestizo y el negro caribeño. Es decir, los habitantes de una América diferente a la del Norte.

¹⁷ Simón Bolívar, Congreso de Angostura, 1819.

Rodó no fue el único de esa posición nostálgica de haber perdido a Europa. Alfonso Reyes, participaba de ideas similares: “Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno; ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equívoco; ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América”¹⁸.

Héctor A. Murena y Jorge Luis Borges se lamentaron por esa misma pérdida. Murena se pregunta por la existencia o no de una cultura latinoamericana y en principio responde afirmativamente por la gran cantidad de libros escritos por latinoamericanos sobre ese tema (Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Hostos, Rodó, Sierra, Montalvo, Freyre, etc.).

Sin embargo, en su opinión son obras marcadas por los conflictos políticos contingentes que no han ascendido a niveles culturales que trasciendan el tiempo evitando el desarrollo de la cultura y el espíritu. Pero, la pregunta de Murena se complica una vez más pues si la cultura es expresión de “lo que somos”, eso es justamente lo que no sabemos: “¡Otra vez la misma cuestión! ¡Qué somos...!” Y responde con sus famosos sí y no. “¿Somos europeos? Sí y no. Somos indígenas? Sí y no. ¿Somos algo nuevo? Sí y no. ¿Somos algo viejo? Sí y no. ¿Correspondemos al destierro o al origen? Sí y no”¹⁹.

Es lo que denomina como un ‘estrabismo cultural’: “Nuestra cultura simuló ser europea, simuló ser india, simuló ser lo que no era. Porque ¡es americana! ¿Americana? ¿Entonces qué es ser americana?”

En todo caso Murena tiene una visión escéptica del continente: “Basta con observar las ciudades latinoamericanas, en efecto, Callejuelas de Lima, de Santiago, avenidas interminables de Buenos Aires, arquitecturas chatas de Montevideo, calcos de estilos europeos – en los mejores casos – en los que los estilos desaparecieron, o sencillamente horrores-para-hablar, ¿cuál es la característica de quienes los construyeron? Incapacidad para ver (...) La más humilde vivienda europea ayuda a vivir, porque, además de cobijar expresa algo. Tanto el palacio como el tugurio latinoamericano ayudan a morir, porque al no expresar nada, reprimen, agostan algo (...) ¿Somos europeos? Sí y no. ¿Somos indígenas? Sí y no. ¿Somos algo nuevo? Sí y no. ¿Somos algo viejo? Sí y no”.

Es lo que denomina como “Pecado original de América”: “He aquí los hechos: en un tiempo habitábamos una tierra fecundada por el espíritu, que se llama Europa, de pronto fuimos expulsados de ella, caímos en otra tierra, en una tierra en bruto, vacua de espíritu, a la que dimos en llamar América.”

¹⁸ Alfonso Reyes, **Notas sobre la inteligencia americana**, 1936.
Disponible en <http://www.ensayistas.org/antologia/XXA/reyes/>

¹⁹ H. A. Murena, “Ser y no ser de la cultura latinoamericana”, *Ensayos sobre subversión*. Bs. As., Sur, 1962.

Son ideas escritas a comienzos de los años 60 que ya no tienen relevancia, pero en su momento fueron muy utilizadas y nos son útiles para saber cuánto hemos avanzado en términos filosóficos y culturales.

Entre los identitarios que postulaban la construcción de un futuro desde la propia realidad se encuentran algunos pensadores mexicanos como José Vasconcelos que propuso para América el lugar de las grandes síntesis culturales y que terminarían por imponerse porque el mestizo es más creativo en términos biológicos y culturales.

Un caso interesante es el que menciona Alejo Carpentier, en su novela **Los Pasos perdidos** (1953), en la que el protagonista encuentra en el portal de una iglesia, esculpido en la piedra un coro de ángeles que dan la bienvenida a los justos que suben al cielo. Pero, entre ese grupo, alguien incorporó algunos ángeles que junto a las liras y las flautas de David, tocan las maracas, y que no parece ofenden la espiritualidad de su oficio. Un mestizaje que se reproducía incluso en las alturas celestiales con la presencia de esos ángeles puestos allí para alegrar a los justos con un poco más de ritmo tropical.

Aquí no hubo la presencia de un proyecto y de un ciudadano ilustrado clásico, pero tampoco los males de la modernidad en su despiadada versión industrial capitalista. Tuvimos modernizadores e identitarios casi por partes iguales, pero con una tendencia a sensibilizar ante la mal llamada 'barbarie', desde José Hernández y José Martí hasta Leopoldo Zea, que escribe un texto titulado justamente, **Discurso desde la marginación y la barbarie**, como una manera de mirarse hacia sí mismo, autoconocimiento y mejor auto reconocimiento. Para que "... el hombre deje de ser el lobo del hombre y reo, y sea, pura y simplemente hombre"²⁰.

Es decir, una de las funciones de la cultura en América latina fue doble, por una parte el afán por "civilizar" al continente y otra la de mantenerlo igual a sí mismo.²¹.

En estos debates, en ambos casos, la función más extendida de la cultura ha sido el cumplir un rol político que contribuya a modificar la realidad. Nelly Richard, haciéndose cargo de lo pensado por su generación, escribe que "Lo "político" no puede desligarse de lo "cultural", ya que las imágenes producen imaginarios y que estos, a su vez, activan o bien desactivan la imaginación crítica para anticipar cambios o deconstruir hegemonías"²².

Bernardo Subercaseaux, que ha escrito varios estudios sobre historia y cultura en Chile, participa de una concepción similar incluso cercana a la de liberación: "Hasta el siglo XIX, las culturas hegemónicas aplastaban a las minorías étnicas y destruían las culturas autóctonas. Las políticas de desarrollo del Estado nación en los siglos XIX y XX no interrumpieron esa práctica: construían la nación una y homogénea, prescindiendo de los derechos de las minorías". En cambio en la

²⁰ L. Zea, **Discurso desde la marginación y la barbarie**, Barcelona, Anthropos, 1988. P. 258

²¹ Eduardo Devés, **El pensamiento latinoamericano en el siglo XX**, Biblios, CI Barros Arana, Santiago, 2000

²² Nelly Richard (editora), **En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas**. Nelly Richard, Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini (entre otros), Editorial ARCIS, Santiago de Chile, 2010, p. 75.

actualidad, se considera la diversidad que postula que “todas las culturas tienen el mismo valor”, lo que permite que una “novela clásica puede estar en formato de comic”²³.

Nuestro concepto de cultura siempre ha sido político, desde el inicio mismo de nuestras letras y nuestros intelectuales produjeron literatura como un instrumento de un programa político y para alcanzar el dominio del Estado, la cultura como una manera primera, básica de habitar el mundo. No me alcanza el tiempo para la cantidad de autores que podría citar. He leído recientemente el texto, **La construcción cultural de Chile**, y en los escritos de estos autores y más allá de sus variantes, queda clara la estrecha relación entre política y cultura: por ejemplo, en el artículo del poeta Elicura Chihuailaf, “Chile y su identidad / su almidad: su ternura/ su dignidad pendiente”, estamos frente a una reflexión literaria, cultural, pero una reflexión que fundamentalmente intenta un cambio político en el país. Establecer una distinción entre dos comunidades, dos países, dos culturas: la chilena (curiosamente considerada como blanca moderna); y la comunidad mapuche, aislada de la primera.

Sonia Montecino, al reconocer tanto las exclusiones como los aportes de la mujer a la cultura proyecto nacional se constituye en un esfuerzo cultural pero también político: “Desde esa perspectiva, la cultura es la materia prima desde la cual creamos formas específicas de nombrar y entender las cosas, es el lenguaje que inscribe y escribe el lugar de hombres y mujeres, así como las relaciones en una trama que produce prestigio y poder”.

Gabriel Salazar, propone acciones culturales desde los sujetos sociales marginales como una forma de rescate del mundo de los vagabundos, los marginales, los peones, los bandidos, las barras bravas, el choro, el flaite. Salazar, asume una clara recuperación del ideario ilustrado en su sentido original, pero cambiando al ciudadano burgués por el ciudadano proletario: “...cultura es cultivo, cultura humana es autocultivo del ser humano, perfeccionamiento, humanización del ser humano. El autocultivo conduce la transformación de un individuo masa (movido como un títere) a un sujeto social consciente de sí mismo, capaz de deliberar con otro verbal y oralmente para tomar decisiones”. Un Kant de izquierda. Y pocas líneas más adelante lo reafirma implícitamente, casi como si estuviera citando a Kant: “Cultura es la transformación de ese sujeto consciente en un actor social; cultura es la transformación del actor social en un ciudadano soberano”.

No puedo dejar de citar un artículo de Lautaro Núñez: “La aceptación de la diversidad cultural o el difícil arte de escuchar”, en el que por primera vez, realiza una descripción larga de la historia de Chile desde la perspectiva de un indígena que ha visto pasar los últimos 500 años, por oposición a los anteriores doce mil, como una película en la que él es un actor secundario. Y por otro, la realidad actual, en la que ese indígena permanece vivo en el núcleo social, aunque negado o auto negado, transformado en un mestizo biológico y epistemológico, que se pregunta todos los días quién es y qué hace aquí.

²³ Bernardo Subercaseaux, (coord.), **Modernidad, modernización, modernismo y cultura**, Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2015.

Es decir parece evidente que entre nosotros la cultura reproduce identidades en conflicto, de negaciones y superposiciones y que no sólo se puede amputar al periodo colonial, pues post a la Independencia se continuó rechazando “la challa de los carnavales, la medicina alternativa, las ramadas y chinganas audaces, corridas de toros, y aun la religiosidad popular, como si fueran actos contrarrevolucionarios, tan lejos de las actitudes positivistas y tan cerca del régimen colonial al que aspiraban aplastar”. Reconocer al mestizo, “una nueva sociedad que ya no es ni indígena ni española, que debió ganarse su propio espacio cultural...”, así como los procesos de aculturación que se sometió a los indígenas con un nuevo idioma, nuevas costumbres y religiones.

5. Algunas reflexiones sobre cultura en el Valle Central

La región del Maule puede ser considerada como un caso de estudio de estos conceptos y debates señalados para probar algunos casos concretos de síntesis culturales creativas.

Una región como se sabe que se levanta desde las reformas borbónica y la propia fundación de casi una docena de ciudades entre Santiago y Concepción a mediados del siglo XVIII nos prueba este afán de establecer un modelo distinto al centralista colonial²⁴.

Pero a partir de ahí todo es construcción personal. El tema de la hacienda en el Valle Central, es un buen ejemplo, y que tuvo mucho desarrollo hace unos años, como una teoría que permitía avanzar y conocer las raíces profundas del llamado “ser nacional”. Las grandes haciendas muchas veces poco productivas en las que el valor se funda más en la extensión de la tierra que en lo que producen, se constituyen en modelos de vida incluso más allá de la región.

En esa organización económica, social, cultural que es la hacienda y que duró 100 años más de lo que llevamos de vida independiente, se consagró un modo de vida que consideramos propiamente chileno. Allí está la religión, la comida, los mitos y los ritos, la escolaridad y la sociabilidad, la economía, la política. El patrón y el siervo. Una variante de la Edad media en el Valle Central de Chile, con sujetos mestizos de iberos y pueblos asiáticos, algunas de las cuales no había salido de la Edad de la piedra con formas de pensamiento y simbolismos diferentes y otros modos de sociabilidad. Una síntesis nueva, nunca antes vista.

Una región que dio origen a una identidad y que la impuso al resto del país. Un lugar dominado por muchos años por la pobreza incluso de las clases altas ricas y la extrema pobreza de los pobres, con un catolicismo más simbólico que confesional, con grupos de pehuenches en la cordillera que nadie ha visto, comiendo pehuenes, mientras los criollos en el Valle comen cazuelas. Mínima actividad cultural, casi ninguna política, muy escasas actividades sociales. Silencio, aislamiento, temor profundo, soledad. 300 años.

¿Por qué existió entonces una identidad que llegó a asociarse a todo el país? Por imaginación y síntesis culturales. Porque en alguna parte del ADN, está la viña española, el caballo andaluz, el

²⁴ Javier Pinedo, “La fundación de las ciudades del Valle Central de Chile y su contexto histórico, identitario y cultural”, en **CiudadValleCentral**, Universidad de Talca, 2003.

amplio vestido de flores, el temor profundo al mar y a las nieves. El caserío y la familia aglutinada en torno al tronco de un roble. Porque el Maule estaba al medio entre las dos ciudades más importantes. O talvez porque construyeron una comunidad de primos lo que siempre ayuda.

De aquí surgirá más tarde una clase agraria y mercantil, más o menos rica, y más o menos ilustrada, los de la Cruz y Bahamonde, más los antiguos castellanos y vascos que se interesarían por planificar el futuro desde ellos mismos.

Pero, también contribuyó a la identidad nacional la presencia de un muchacho de pelo rojo, no reconocido por su padre, que de pura rabia se hizo moderno. Es decir, anti conservador, anti religioso, anti tradicionalista. Kant y Hegel no hubieran querido más. Y para qué decir, las logias masónicas de la Inglaterra de su juventud. Tener un representante en uno de los lugares más alejados del planeta. Entrevistado en Londres probablemente el muchacho de pelo rojo, hubiera respondido que sí, que él era moderno y liberal y libre pensador, pero habría agregado que no era irlandés más allá del apellido, sino que él era chileno. Y probablemente todos sus interlocutores hubieran saltado de sus sillas. ¿Qué era ser chileno o chilena? ¿Porque americano se entiende, es la tierra de George Washington, pero chileno?

Ese joven de pelo rojo, supo reconocer las diferencias de su país y vivió al lado de su media hermana Rosa Rodríguez Riquelme, una mujer de clara ascendencia mapuche; ese muchacho debió resolver además de un problema político un problema de identidad. Porque la cultura moderna exige para su implementación contar con seres humanos que saben quiénes son. Y si en todas partes la cultura ha sido una herramienta política aquí lo fue tal vez más fuerte, pero con resultados más débiles.

Los escritores, especialmente los criollistas, contribuyeron también a la creación de una postal en la que en los huasos y marineros del Maule son la reencarnación de los antiguos brazos de Euskadi (Latorre, Aguirre, Oyarzún, Larrazábal) que con algunos franceses (Letelier, Brunet, Court), algún inglés (Edwards, Mac Iver, Aylwin) fusionados en la tibia noche de Maule con las hijas de los Guanayes del lugar, parieron hijos e hijas de una belleza y una resistencia única.

Porque las cosas no se ven hasta que no se miran y es muy necesario en nuestra educación educar el ojo como dicen los arquitectos, enseñar a mirar. Pero, además, porque la memoria sana a las comunidades y su falta los enferma. La memoria, como la identidad, por artificiales que sean, resulta necesaria.

6. Cultura y patrimonio en el Valle central hoy.

Escribí en el pasado sobre ciertos aspectos culturales de la Región del Maule. Hablé de la estrecha relación entre cultura y naturaleza, en la expresión de formas arcaicas presentes en la cultura actual, y de cierto imperialismo cultural que se expresa desde el centro del país hacia las periferias en la exportación de formas culturales identitarias producto del centralismo de Estado y su

influencia en el modo cómo se construyó el país: huasos en Arica e isla de Pascua, copihues en Azapa, racimos de uvas y cosechas de trigo en Punta Arenas²⁵.

Pero, también de la generosidad de ese campo y de esos habitantes que muchas veces no saben que tienen primos culturales vestidos de huaso en Rapa Nui y también cerca del río Silala. ¿O tal vez ya no?

Es el tema de la región y su incorporación al país y al mundo. Para Pedro Güell hay que reconocer dos aspectos en la historia cultural latinoamericana: "... la búsqueda de la integración sustantiva y cultural de un horizonte que se experimenta como propio...". Y en segundo lugar, "... que las experiencias fundantes de los latinoamericanos se han reforzado t recreado en el medio delas particularidades locales"²⁶.

Es decir, unir con imaginación lo local y lo universal y un buen ejemplo nuestro cine actual que plantea temas propios pero con una estética que es reconocido en Berlín. La novela **2666** de Bolaño fue declarada el año de su publicación como la mejor publicada en EEUU., según el New York Times, o el reciente premio Pritzker de arquitectura a Alejandro Aravena.

Cierto día, una muchacha llegó a mi oficina con una caja de zapatos y en su interior ordenadamente venían unos 30 daguerrotipos de principios del siglo que reproducían la ciudad de Constitución. Su abuelo había sido fotógrafo de la plaza y recién ahora encontraron en su taller este tesoro: las pasamos en positivo y aparecieron las parejas abrazadas mirando el lente con actitud de desafío y felicidad. Apareció la playa El Cable, frente al mítico Hotel de la Playa, que regentaba una familia catalana de apellido Palet. La playa del Cable, llamada así porque debidola violencia de sus olas por lo que los bañistas, prácticamente vestidos, se metían al mar sosteniéndose de un cable que cruza la playa de uno a otro extremo. Se dice, que algunos igual se ahogaron.

Es que acaso no es un tema de identidad vivir en una playa de gigantescas piedras y arenas negras gruesas como rocas recién molidas, en la que se azotan olas violentas de espuma tan blanca como fría y tener que bañarse sosteniéndose de un cable para que la resaca no te lleve...Alguien puede imaginarse algo más opuesto a una playa del Caribe, tradicionalmente asociadas al paraíso terrenal latinoamericano. Esta es la playa de las películas en blanco y negro de Bergman, habitadas por seres metafísicos en playas metafísicas. Pero tampoco es el Báltico, pues después del baño hay que salir corriendo a comerse unos pejerreyes fritos, que de todos los pejes, se dice que este es el rey.

Un pescador de Constitución me decía que todas las playas del mundo eran negras como las de la playa del Cable. Y cuántas playa conoce usted, le pregunté. Esta no más, me dijo, planteando por otra vía la relación entre lo local y lo universal.

²⁵ Javier Pinedo, "Identidad en la región del Maule. Reflexiones e imágenes sobre el tema", Universidad de Talca, Revista Universum, Año 14, 1999.

²⁶ Pedro Güell, "Identidad, cultura, historia y región", Universidad de Talca, Revista Universum, 1995

En otro trabajo²⁷ he escrito que las identidades se reflexionan, pero sobre se perciben a través de imágenes, como quien lee un poema, no buscando verdades sino metáforas y sentidos.

Tomemos otro ejemplo de construcción cultural. El libro de Mariano Latorre Court (nació en Cobquecura, un lugar con una isla llena de lobos marinos que probablemente ya nadie conoce), “Cuentos del Maule” (1912), y lleva por subtítulo, “Tipos y paisajes chilenos”.

O sea, Chile en 1912 es el Maule, o el Maule en 1912, es todo Chile. Impensable hoy día. Lo que demuestra que las identidades son dinámicas y se van re organizando en conjunto con el dinamismo de las sociedades. Pero también es cierto que el Maule construyó el retrato de Chile a su propia imagen y semejanza, como he dicho.

Más tarde en 1925 Latorre publicó una antología titulada **Mariano Latorre. Sus mejores cuentos**, en el que incluye un inédito “El Aspado”, que trata la historia de un bandido cruel que luego de una conversión religiosa propone voluntariamente cargar la cruz de Cristo durante la Semana Santa. Pero, hay un detalle menor, en que el narrador en un momento describe a un grupo de pehuenches que a primeras horas de la mañana bajan de la cordillera y entran a la ciudad de Talca a vender digüeñes, piñones, miel y otros productos de su cosecha. Son solo un par de líneas. El narrador los reconoce como tales, pehuenches.

Tres años más tarde, en una fotografía tomada del terremoto de diciembre de 1928 que destruyó Talca, fotografía que intenta registrar a los soldados que marchan por la calle para poner orden en la ciudad devastada, pero el lente se cruza con ese mismo grupo de pehuenches, de chilenos, de maulinos (¿sabrán que los son?), que caminan de regreso a la cordillera, reconocibles por su porte bajo, sus chupallas y sus mantas rotas, sus pies descalzos, un canasto en su brazo izquierdo para llevar los productos. Un niño pehuenche mira fija la cámara, sorprendido de ese cajón detrás del cual un hombre le apunta.

¿Este no es acaso un elemento básico de identidad y cultura? Por supuesto, esos pehuenches siempre estuvieron ahí pero no fueron vistos, ni han sido mencionados en textos de historia ni de literatura, nunca fueron más que un nombre, hasta que el ojo pulido de un escritor y por un lente que por error de ángulo, pero por suerte para nosotros, los apunta y registra para siempre.

¿Dónde están en la actualidad esos pehuenches? En muchas partes, algunos son campesinos, choferes de taxi, obreros, algunos de sus hijos están en la universidad, otros en oficinas, usan corbata, hablan de innovación tecnológica y tienen celular. No lo duden: no quieren volver atrás. Son cambios culturales simples, contradictorios y al mismo tiempo ejemplo de identidades móviles.

Un último ejemplo de construcciones paradójales de identidad, el del sastre francés que tenía la tienda con el gran letrero “París, París y Londres”, el que era leído por los que pasaban en el tren al norte y al sur.

²⁷ Javier Pinedo, “Identidad en la región del Maule. Reflexiones e imágenes sobre el tema”, Universidad de Talca, Revista Universum, Año 14, 1999.

Un francés en Talca, con su gran letrero de ropa y sombreros y con sucursales en las ciudades de Talca, París y Londres. Eso significa que el señor Silva y la señora Donoso (que además eran primos) podrán encontrar la misma camisa, los mismos botines o el mismo bastón, con un poco de imaginación eso sí, en cualquier de estas tres grandes ciudades.

Con un poco de imaginación. Ese es el punto, pues la imaginación contribuye eficazmente a formar identidad. Las identidades se levantan, casi como las casas y las instituciones. Quién le dijo al chofer de los buses que llegaban a la plaza de armas de Talca, a comienzos de siglo que al descender les avisara a los pasajeros, haciendo una venia reverencial, “Bienvenidos a París”. Nadie se lo pidió, sólo su imaginación, pues ya conocía la leyenda del sombrerero francés y le agregó la venia reverencial, que subía de categoría a sus buses. Y alguna señora se lo contó a su marido y el tema llegó al médico Francisco Hederra Concha que escribió las “Crónicas talquinas” en la cuales esa historia es central.

Y aún hoy día, ese chiste se ha transformado en identidad y muchos ciudadanos y ciudadanas entre risas y serias piensan que las tres ciudades en verdad se parecen. Y algunos que han viajado dicen imperturbables que al mirar el Sena desde el puente Mirabeau, se acordaban tanto de las orillas del río Claro. Así se construyen identidades. El Maule es un ejemplo.

Todos sabemos que las identidades son parcialmente ficticias y que los símbolos son contruidos una y otra vez. Todos sabemos que la cultura es arbitraria y está asociada a intereses y circunstancias específicas. Y sin embargo, paradójicamente les entregan sentidos a los habitantes que se hacen cargo e incluso renuevan esas mitologías. Todos sabemos que la memoria inventa y que cuando contamos el pasado lo reconstruimos de cierta manera que nos convenga.

El francés de la sombrerería estaba solo, aislado y perdido en el Maule, pero podía hacer el chiste, porque detrás suyo tenía la antigua y sofisticada cultura francesa y probablemente sabía que Baudelaire ya había descrito a la modernidad como un sistema social que había dejado de ser sólido y que día a día evaporaba la realidad, (“melt”, en inglés, es la palabra que usa Marx). El propio Baudelaire cuenta cómo se subió a un carro de transporte público y que anduvo varias calles frente a parisinos que se miraban las caras pero que nunca se saludaron y al que descender no supieron quiénes eran ni unos ni otros. La experiencia de la modernidad en la gran urbe. Baudelaire ya no esperaba nada y estaba convencido que incluso la belleza resultaba inútil (*inutile beauté*) en ese mundo de empresarios y militaristas. El único refugio era vivir como un extranjero en su propio país y contemplar como lo único real las efímeras nubes que vagaban por el cielo parisino.

El muchacho francés que llegó a Talca a fines del siglo XIX y que puso su letrero, podía hacer el chiste y burlarse de los pasajeros del tren e incluso de él mismo. El francés se burla de nosotros, aunque también del incipiente sistema mundo creado por la vertiginosa revolución industrial. Pero, de esa burla surgirá al final un modelo de beneficios mutuos. Él hace como que nos lleva, a través de la compra de un sombrero o zapatos, a París o a Londres; y nosotros hacemos como que le creemos que es así. Nosotros le pagamos y él se compra una casa, consigue una mujer y tiene hijos e hijas de pelo negro y ojos celestes.

Son mestizajes creativos, como todos los mestizajes levantan simbolismos pero también sujetos sociales nuevos, más fuertes, más universales. Más de ninguna parte, porque están todas.

Para alcanzar esas construcciones hay que tener un pelo de imaginación y capacidad de mirada: el francés entendió perfectamente lo que los maulinos querían, ser una región distinta en su elegancia y distinción. Y puso su letrero al paso del tren no para los del Maule, sino para los que iban al sur o regresaban al norte. El letrero es para los otros, para que sepan que al detenerse un minuto su tren en la vieja estación, sepan que por un momento podrían estar en París. Y fueron justamente los no talquinos, sino los pasaban que asombrados por el letrero crearon el mito de Talca es una ciudad al mismo nivel que París y Londres. Son esos otros viajeros, los que al regresar a sus casas en otras ciudades repiten riéndose que en Talca se creen refinadamente parisinos o londinenses.

Lo mismo sucedió con ese joven Mariano Latorre hijo habiloso de un marinero vasco y cuya familia provenía de Bermeo, a orillas del Cantábrico y lugar de nacimiento de uno de los más grandes, Alonso de Ercilla, que se aúna con Latorre en la capacidad de observación: uno de las costumbres, idealizadas o no, del pueblo mapuche. Y el otro, de esos campesinos pehuenches que ingresan descalzos a Talca en un día de los años veinte a vender sus productos. Latorre los vio por el raballo del ojo, casi en diagonal, ellos no son parte fundamental del cuento, pero ahí los puso, sabiendo lo que vendría con ellos, los retrata, los describe, los instala para siempre en las calles de la ciudad.

No se ve sino lo que se sabe mirar, y sin esos ojos ambas situaciones hubieran desaparecido.

Debemos apostar a los mestizajes políticos creativos, ya que somos tan expertos en mestizajes biológicos y culturales. Apostar al mestizaje innovador, a reconocer un patrimonio que defina las multiculturas que habitamos, para abrir el futuro sin miedo. Neruda y Zurita, Chihualaf y Roberto Matta, Parra y los Jaivas, Pedro de Valdivia y Lautaro, Gabriela Mistral y Vicente Huidobro, la marquesa de Mancera y Túpac Amaru, Linneo y Juan Ignacio Molina, por mencionar solo algunas parejas de contrarios que resulta obligatorias conciliar, aunque falta mucho aún para unir modernidad con identidad. Pero, de estas síntesis saldrán nuestro mejor patrimonio, inmaterial y material: el mestizaje cultural asumido y desarrollado como una identidad propia.

7. Conclusiones

Las reflexiones anteriores tienen por objeto contribuir a construir, todavía, ciudadanos y ciudadanas más ilustradas y universales, con mayor desarrollo local, con más conciencias del pasado y del presente. Ciudadanos con un lenguaje y una conciencia más amplia. En un espacio social más democrático.

¿Puede la cultura lograr esto? Para nosotros, con todas sus letras, el problema de la cultura es el problema del país. Tanto como el de la economía o del desarrollo social. Tan importante cómo saber qué hacer en educación o en salud, saber qué hacer con la cultura y con el patrimonio, es saber qué país pensamos construir. No son divagaciones abstractas. Son reflexiones que afectarán

la construcción de futuro. Coincido con Martín Barbero cuando declara que “La cultura como el lugar para pensar el aquí y el ahora”.

No son pocos entre los pensadores europeos actuales los que determinan que con la globalización las identidades y las culturas llegaron a su fin o se transformaron en repeticiones sin creatividad. Uno de ellos, el arquitecto Rem Koolhaas, escribe: “La «identidad» es la nueva comida basura de los desposeídos, el pienso de la globalización para los privados de derechos (...) El «espacio basura» es lo que queda después de que la modernización haya seguido su curso o, más concretamente, lo que se coagula mientras la modernización está en marcha: su secuela”²⁸.

Y, sin embargo, las identidades y las culturas existen y perduran pero para alimentarlas, y en ocasiones, otra paradoja, es necesario mirar desde afuera. No es de extrañar que pensadores de las periferias estén participando activamente de los debates que se realizan en los países del centro y aportar con sus ideas a la universalidad. Como la escritora turca, Seyla Benhabib, el numeroso grupo de intelectuales de la India (Ranjit Guha, Gayatri Spivak, Partha Chatterjee, Homi K. Bhabha, Dipesh Chakrabarty), instalados desde hace tiempo en las universidades inglesas y norteamericanas. Edward Said nació en Palestina y escribía en Nueva York. Y en el caso de la Francia actual, muchos de sus mejores pensadores nacieron en Argelia como Louis Althusser, Jacques Rancière, Jacques Derrida, Alain Badiou (nació en Marruecos), Ernesto Laclau (nació en Buenos Aires), Chantal Mouffe, (nacida Bélgica), Slavoj Žižek, (nacido en Eslovenia); y sin embargo han logrado revertir los conceptos de dominio intelectual del centro sobre las periferias. Es un ejemplo.

Como conclusión mi tesis central es que en la situación actual del país, debemos invertir todos los esfuerzos que se tengan en desarrollar planes de análisis de las manifestaciones culturales y patrimoniales tanto como sean posible, y con connotación de la cultura como un instrumento para cambiar la sociedad, pero también para analizarla y conocerla mejor, sin olvidar lo que sucede en el mundo.

Me parece muy bien que se hable del Ministerio de las Culturas, es un antiguo anhelo, que hemos tenido de multiplicar, pluralizar, colectivizar. No hay una sociedad ni una cultura chilena. No existe un chileno o una chilena, me parece un avance y los felicito por eso.

He llegado a la siguiente conclusión, la palabra cultura en Europa es un concepto para pensar la realidad social y cultural. En Chile y América latina, además, es una herramienta para incrementar ciertos hechos que definen a las personas y a las comunidades, a los deseos políticos, al patrimonio, incluso al futuro. Me quedo con esta caracterización.

8. Bibliografía

Bauman, Zygmunt, **La cultura en el mundo de la modernidad líquida**, México, FCE., 2013

Bhabha, Homi, **El lugar de la cultura**, Bs. Aires, Manantial, 2002

²⁸ Rem Koolhaas, **Espacio Basura**, Barcelona 2002. Ver también, Jonathan Rutherford, **After Identity**, London, 2007.

Hall, Stuart, du Gay, Paul (Ed), **Cuestiones de Identidad cultural**, Bs. Aires, Amorrortu, 2011.

Stuart Hall, Miguel Mellino, **La cultura y el poder. Conversaciones sobre los Cultural Studies**, Bs. Aires, Amorrortu, 2011.

Linh, Enrique, **La cultura en la vía chilena al socialismo**, Santiago, Universitaria, 1971

Mignolo, Walter (). **Historias locales/ diseños globales. Colonialidad, conocimiento subalterno y pensamiento fronterizo**. Madrid, Akal, 2003

Rutherford, Jonathan, **After Identity**, London, 2007

Said, Edward, **Cultura e Imperialismo**. Barcelona: Editorial Anagrama, 1996

Zea, Leopoldo, "Búsqueda de la identidad latinoamericanas", en **El problema de la identidad latinoamericana**, México: UNAM, 1985